

«La desbordada ternura»: poesía y violencia en El Salvador

LAURI GARCÍA DUEÑAS

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

lauriluciernaga@gmail.com

El Salvador es el país más pequeño de la América territorial, con apenas 21.000 kilómetros cuadrados y 6,2 millones de habitantes, aunque se calcula que hay otros dos millones de salvadoreños viviendo en el extranjero. Este país centroamericano atravesó una guerra civil de 1980 a 1992 que dejó un saldo de al menos 75.000 muertos, 12.000 lisiados de guerra y 8.000 desaparecidos, según organismos internacionales. Actualmente, posee uno de los índices de homicidios más altos del continente. Las estadísticas indican que en 2016 hubo 5,278 casos y una tasa de 81,20 asesinatos por cada cien mil habitantes. En este entorno hostil, en un país estigmatizado por sus pandillas –la Mara Salvatrucha y la Mara Dieciocho–, existe un linaje de mujeres y hombres que están reescribiendo la vorágine de violencia mediante la poesía.

Cada país tiene su sino, los estereotipos mediáticos señalan como tema común de conversación con los salvadoreños la violencia de la guerra o las pandillas. Por su parte, la literatura salvadoreña contemporánea no es la transcripción explícita de dicha violencia, no se circunscribe a su relato, ni se limita a la anécdota. En sus diferentes fuerzas expresivas, las y los poetas salvadoreños están tocados-turbados por la violencia, recrean su dolor y su angustia, pero la reescriben según la especificidad de su propia lengua poética.

En este pequeño ensayo, incluiré, algunos fragmentos de ciertos autores para ejemplificar la marca de estas distintas escrituras pero, como en toda selección subjetiva, advierto y reconozco que hay muchísimos más autores contemporáneos que están abordando el tema y que no son incluidos aquí por tratarse de una breve investigación. Sin embargo, queda abierto en mí el deseo de profundizar en esta muestra.

Agradezco el trabajo de compilación de la poeta Elena Salamanca en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», publicada por la revista *Punto de partida* de la Universidad Nacional Autónoma de México en 2016, antología sin la cual este ensayo no hubiese sido posible.

1. LA ANGUSTIA DEL PASADO

Uno de los poetas más conocidos en El Salvador por su participación en el conflicto civil pero, sobre todo, por su oficio literario, Miguel Huevo Mixco (San Salvador, 1954), escribe, en un poema dedicado a su esposa María, cómo los recuerdos de «La gran guerra» lo atormentan y cómo logró volver de ese lugar de donde pensó que nunca saldría. Muchos salvadoreños, en aquellos años cruentos, tampoco lograban atisbar el fin del conflicto. La sociedad salvadoreña, como en el poema de Huevo, está intentando alcanzar *la orilla* entre el pasado y el presente indóciles.

Las granadas se colgaban de árboles
tan gruesos como siete personas
y los hacían trizas

El acre tufo de la pólvora esparcido
Las sombras de las aspas
despeinando el monte
Pero no te cansaré otra vez con esa historia¹.

Sin embargo, la voz poética de Huevo Mixco sorteó el angustioso y doloroso pasado reciente de la guerra y, a pesar del peso de las armas y la desesperanza, alcanzó la otra orilla:

Escucha conmigo la voz del cerro herido por el trueno
La pandereta del agua lluvia
sumergiéndose entre el lodo

En el borde de ese río
pensé una
pensé otra vez
con estos pesados fierros jamás voy a alcanza la orilla².

Otro poeta y ex guerrillero, Otoniel Guevara (Quezaltepeque, 1967), plantea la posibilidad de cambiar las armas por piscuchas (papalotes, cometas), de pasar de la rabia, el miedo y el odio a la alegría:

DEFENSA PROPIA

para Arquímedes Cruz, en el recuerdo

Un hombre me amenaza con un arma
Yo lo amenazo con una piscucha

Él a lo sumo logrará matarme

Yo

¹ Miguel Huevo Mixco, «La gran guerra», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», *Punto de partida UNAM*, 195, 1 (2016), p. 10.

² *Ibidem*, p. 11.

en cambio
podría hacerlo feliz³.

2. HACIA LA TERNURA

La nueva generación de poetas, a pesar de que no fueron combatientes, escribe lo que significó la guerra para ellos, en su pesebre, en su recuerdo.

Roxana Méndez (San Salvador, 1979) en «El instante, la vida» hace un recuento de los desastres naturales y de la guerra incontrolable:

He tenido una buena vida:
una guerra de diez años
y tres terremotos
que echaron abajo la ciudad y cumplieron la profecía
de la abuela⁴.

Como muchos de “los hijos de la guerra”, la voz poética de Méndez se repone al dolor del recuerdo mediante el amor y sus sentidos. A la hora de recapitular, y a pesar de la normalización de la violencia, se vive, como ya proclamaba Roque Dalton:

Pero he tenido una buena vida,
una vida donde la guerra
y el amor
han durado
los mismos años.
Una donde la muerte
me ha visitado poco
y donde he visto el mundo
y he escuchado⁵.

Pero lo telúrico queda. ¿Qué causó la guerra? ¿Cómo nos marcaron por dentro y por fuera el miedo y el odio? ¿Seguimos en la intemperie? La violencia de la guerra se convirtió en violencia delincencial. Los ex combatientes exigen en marchas sus compensaciones económicas. La poeta dice:

Adentro, el miedo transita por la noche
como la oscuridad que se adentra en el pozo.
Afuera, el odio una vez contenido
se desata en el viento como una tempestad⁶.

Por su parte, Krisma Mancía (San Salvador, 1980) en «Los infiernos», con un tono y ética

³ Otoniel Guevara, «Selección de poemas. Foja de poesía 024», *Círculo de poesía*, 2009, <http://circulodepoesia.com/wp-content/uploads/2009/07/024-otoniel-guevara.pdf> (fecha de consulta: 23/05/2017).

⁴ «El instante, la vida» en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 16.

⁵ *Ibidem*, p. 18.

⁶ Roxana Méndez, «Presagio de la guerra», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 19.

que me recuerdan al «Canto de guerra de las cosas» (1947), del nicaragüense Joaquín Pasos⁷, se pregunta en desazón por lo que vendrá después de tantos cadáveres imposibles de contar:

Cuántos infiernos hay en un corazón.
Cuántas ventanas abiertas en un cuerpo.
[...]
Cuántos muertos cobijarán a la muerte
cuando sus manos se cierran a la vida⁸.

Y en su «La memoria de la tierra», esta dicotomía muerte-amor, pulsión de vida-pulsión de muerte, vuelve a aparecer, tal como en la obra de Roxana Méndez. Mancía se pregunta:

¿Quién me ama?
¿Quién quiere morir conmigo por la belleza de las flores?
Morirse con los brazos llenos de amor
como cuando la noche se agota
y se pierden los nombres de las aves⁹.

Otro heredero de Pasos, Roger Gúzman (San Salvador, 1981), también se cuestiona en «El señor de los ejércitos» sobre la rabia fundacional de nuestra violencia:

Qué rabia es esta que recorre nuestro cuerpo
Los valles en tu herida repiten el lamento de tu nombre clavado a una cruz.
La flama de tu sangre se descompone presa en el vacío del sabor de tus llagas.
Pequeños ataúdes ardientes de deseo saborean tus piernas quebradas lentamente¹⁰.

Laura Zavaleta (San Salvador, 1982) coincide en el relato de «La gran guerra» de Huevo Mixco y la concepción de intemperie de Méndez, el adentro y afuera del miedo y el odio:

Al principio solo estaba la guerra
grande y mediatunda, como el cuerpo de una madre
yo la miré con mis ojos chinos
y ella se extendió a lo largo del cuarto
se instaló dentro y afuera
y comió en nuestra mesa un buen plato
con las tripas de los parientes muertos.

“Este país me da miedo”, dicen los niños más tiernos
las niñas solo miran, tratando de cantar
pero se quedan ahí, acurrucadas y descalzas
jugando con una flor
que casi se les cae de las manos¹¹.

⁷ Joaquín Pasos, *Canto de guerra de las cosas y otros poemas*, México, UNAM, 2008 (1947).

⁸ «Los infiernos», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 23.

⁹ «La memoria de la tierra», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 24.

¹⁰ «El señor de los ejércitos», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 35.

¹¹ «Al principio solo estaba la guerra», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 36.

Esta figura de “los hijos de la guerra” o “los niños de la guerra” aparece en Laura Zavaleta y también en Vladimir Amaya (San Salvador, 1985) y en varios de los autores nacidos en la década de los ochenta, como la recreación de una mirada particular y adolorida: la de los hijos de la generación que combatió en la guerra civil y que contempla a sus padres atribulados física y emocionalmente por las consecuencias del conflicto:

El titán menor

Mi padre, héroe de guerra con problemas de hemorroides
pide al cielo por primera vez morir en serio.

Él estuvo en medio de las granadas,
del ruido a tren descarrilado de los proyectiles.
Perdió a su mejor amigo
(La Guardia lo golpeó hasta reventarlo en el 85)
y a una novia suya la decapitaron en el 89.

Ahora a sus manos se las ha comido la vergüenza de no matarse.

Padre no soporta las luces de las pantallas electrónicas de la ciudad.
Han deformado, dice,
su vecindario de niño
para convertirlo en centros comerciales.

Mi padre no puede con esta guerra de la paz ensangrentada,
con estos días digitales que escapan de sus dedos.
No puede, dice, y duerme por horas soñando que se muere.

Si despierta, come yogurt light -único consuelo-,
y maldice a los traidores que ahora son personajes públicos.

Hijo perdido, mi pobre padre.
“¿A dónde está el valor de la vida?,
¿por qué se ha de luchar ahora?”
Me pregunta muchas veces
mientras sostiene la bolsa de papitas fritas en oferta.

Miserable mi papá,
con dos hijos, una esposa, un perro
y sin nadie a quien dispararle.

Sentado en la acera de la casa,
aún me habla de esa lágrima que un día lloró en las montañas¹².

Amaya, en su poema «Límpidos», retoma este dolor humano y urbano, en este caso, hace un homenaje a las personas que a diario «peinan el pus de esta región salvaje: limpias antes las aceras de San Salvador que las manos de sus hijos a la hora de la comida»¹³.

¹² Vladimir Amaya, «Los infiernos», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 48.

¹³ «Límpidos», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 50.

Estos silenos postmodernos, estos barrenderos municipales:

En nuestras plazas
lavan la sangre de los atracadores y la de sus víctimas;
los orines, los vómitos
de los alcohólicos,
para que el alcalde aún pueda sonreír ante las cámaras de televisión¹⁴.

Muestra así, la incredulidad de esta generación frente a los discursos políticos partidarios. Javier Ramírez (San Salvador, 1985) comparte con Vladimir Amaya y Laura Zavaleta esta mirada inquietante hacia las niñas y los niños, quienes no necesariamente son retratados como inocentes criaturas en sus poemas. El germen atroz de la violencia ha penetrado el linaje en ambos sentidos, hacia los padres, hacia los hijos. Dice Ramírez: «Mi padre es mi asesino [...]. Mi niño es asesino»¹⁵.

Ya lo dice Luis Borja (Santa Ana, 1986), «cuando la garganta es un pájaro apagado / no es fácil con la esperanza de toda una familia»¹⁶ sobre todo si, además, «hijos, tengo un gusano en el corazón»¹⁷.

Y ahí, en su poema «Desierto», Borja también recuerda el drama de los migrantes que intentan llegar a Estados Unidos. La crueldad e injusticia del muro. La otra cara de la violencia sistémica y otro de los grandes temas de la literatura centroamericana:

la lengua como un tajo de carne podrida se hace pesada
pesado también el andar ecuestre de todas las fronteras
de todas las carnes desgarradas en Tecún, Chiapas y Coahuila
En el desierto los muertos son un muro de huesos que se quiebra
Un río de sangre que se seca en cada manotada
Una bandera tejida con todos los dedos de Centroamérica¹⁸.

«La desbordada ternura» es lo que persiste a pesar de la violencia, la propuesta de Luis Borja, que también abrazan sus contemporáneos, se materializa en las disímiles formas en las que todos estos poetas reescriben la vorágine de violencia.

Quizá te preocupe la mediación que existe en el muerto y el arma
Quizá te preocupe la cariada sonrisa de los niños perdidos
Quizá te preocupe la delineada frontera apilada de muertos
Por eso me encuentro en vos
Porque es fácil ver en tus ojos la desbordada ternura de la que hablamos
Y eso es lo único que nos salva de la muerte¹⁹.

La relación de dos o más que se amen sería la respuesta a tanto dolor. Queda en nuestras manos de ciudadanos y *agentes* de transformación social, no solo en las de las élites políticas partidarias, sino en las de la sociedad civil, detener la violencia en El Salvador,

¹⁴ *Ibidem*, p. 51.

¹⁵ Javier Ramírez, «Mi hijo», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 55.

¹⁶ Luis Borja, «Desierto», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 61.

¹⁷ *Ibidem*, p. 60.

¹⁸ *Ibidem*, p. 61.

¹⁹ Borja, Luis, «Pájaro y arena» en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 59.

atendiendo a sus causas estructurales. Porque, como dice la poeta Krisma Mancía, «la casa es demasiado estrecha / como para seguir acomodando más lágrimas»²⁰.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Guevara, Otoniel, «Selección de poemas. Foja de poesía 024», *Círculo de poesía*, 2009, <http://circulodepoesia.com/wp-content/uploads/2009/07/024-otoniel-guevara.pdf> (fecha de consulta: 23/05/2017).
- Giddens, Anthony, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu editores 1995.
- Pasos, Joaquín, *Canto de guerra de las cosas y otros poemas*, México, UNAM, 2008 (1ª ed.: 1947).
- Salamanca, Elena (ed.), «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», *Punto de partida UNAM*, 195, 1 (enero-febrero 2016), pp. 8-61.

²⁰ «El sacrificio», en «Nueve poetas salvadoreños (1979-1986)», cit., p. 25.